

Cuerpos-sosteniendo-cuerpos: los temblores de los *territorio-cuerpo-tierra* de mujeres y las respuestas feministas a los terremotos en la Ciudad de México^{1,2}

<https://doi.org/10.25058/20112742.n56.04>

PAULA SATIZÁBAL³

<https://orcid.org/0000-0003-0284-3573>

Helmholtz Institute for Functional Marine Biodiversity⁴, Germany

paula.satizabal@gmail.com

MARÍA DE LOURDES MELO ZURITA⁵

<https://orcid.org/0000-0002-8842-5542>

University of New South Wales⁶, Australia

marilu.melo@unsw.edu.au

Cómo citar este artículo: Satizábal, P. & Melo Zurita, M. L. (2025). Cuerpos-sosteniendo-cuerpos: los temblores de los territorio-cuerpo-tierra de mujeres y las respuestas feministas a los terremotos en la Ciudad de México. *Tabula Rasa*, 56, 67-98.
<https://doi.org/10.25058/20112742.n56.04>

Recibido: 13 de julio de 2025

Aceptado: 16 de agosto de 2025

Resumen:

Los territorios son espacios políticos y vividos, representados colectivamente a través de prácticas cotidianas pasadas y presentes e interacciones entre humanos y no humanos. Los movimientos indígenas y feministas en *Abya Yala* (América Latina) llaman al entendimiento

¹ Este artículo es producto del proyecto de investigación “Post-Earthquake Political Change: an analysis of the response brigades of Mexico City” realizado por las autoras. Una versión de este artículo fue publicada en inglés como: Bodies-holding-bodies: the trembling of women’s territorio-cuerpo-tierra and the feminist responses to the earthquakes in Mexico City. *Third World Thematics: A TWQ Journal*, Número especial: Territorio y descolonización: debates desde los sures globales. Sam Halvorsen & Sofia Zaragocín (Eds.), 6(4-6): 267-289. (2022). <https://doi.org/10.1080/23802014.2022.2123953>

² Nota editorial. Creemos que este artículo es de gran interés para la audiencia de *Tabula Rasa*, principalmente aquellas personas interesadas en los estudios del territorio, la geopolítica feminista, la configuración del territorio-cuerpo-tierra y las geografías emergentes de desastres. Los resultados retan imaginarios estéticos, ahistóricos y masculinos de desastres y contribuyen al entendimiento geográfico en espacios y territorios de sororidad, de cuerpos-sosteniendo-cuerpos.

³ PhD University of Melbourne.

⁴ University of Oldenburg,

⁵ PhD (Human Geography) Kings College London

⁶ Faculty of Art, Design and Architecture.

plural de los territorios, los cuerpos y la tierra, como inseparables y coconstituidos —territorio-cuerpo-tierra—. Basadas en esta relationalidad analizamos los terremotos del 19 de septiembre de 1985 y de 2017 en México, los cuales transformaron radicalmente la vida de miles de personas, en particular aquéllas con trabajos precarizados. A partir de entrevistas en profundidad realizadas con las activistas participantes en las brigadas de respuesta a desastres, nos centramos en las experiencias de las integrantes de la Brigada Feminista, quienes metafórica y físicamente sostuvieron —y lo siguen haciendo— los cuerpos de mujeres marginalizadas, interrumpiendo la configuración de territorios de violencia para reclamar el acceso a los espacios y a la justicia. Esta brigada se movilizó para proteger los cuerpos de las mujeres no solo de los impactos del terremoto, sino también de la violencia capitalista y patriarcal. Surge aquí, la «sororidad», como una forma de acto colectivo, una práctica territorial de unirse para resistir las violencias de género y la opresión, y luchar por la supervivencia y expansión de territorios más habitables y seguros para las mujeres. Sostenemos que es necesaria una política relacional del lugar en la academia, que cuestione la separación de los territorios, los cuerpos y los desastres para escuchar, aprender y abrir espacios para las propuestas territoriales contrahegemónicas.

Palabras clave: sororidad; territorio; geopolítica feminista; desastres; México.

Bodies Supporting Bodies: The Tremors of Women's Territory-Body-Land and Feminist Responses to Earthquakes in Mexico City

Abstract:

Territories are political and lived spaces, collectively represented through past and present everyday practices and interactions between humans and non-humans. Indigenous and feminist movements across Abya Yala (Latin America) refer to the plural understanding of territories, bodies, and land as inseparable and co-constituted using the concept of *territory-body-land*. Drawing on this relationality, we analyze the earthquakes of September 19, 1985, and 2017 in Mexico, which radically transformed the lives of thousands of people, particularly those in precarized jobs. Based on in-depth interviews with activists who participated in disaster response brigades, we focus on the experiences of the Feminist Brigade, who metaphorically and physically supported the bodies of marginalized women —and continue to do so, disrupting violent territorial configurations to demand access to spaces and justice. The brigade mobilized to protect women's bodies not only from the material impacts of earthquake, but also from capitalist and patriarchal violence. In this context, “sorority” emerges as a collective event and as a territorial practice of coming together to resist gendered and oppressive violence, striving for survival and the expansion of habitable, safer territories for women. We argue that scholarship must adopt a relational place-based policy that challenges the separation of territories, bodies, and disasters in order to listen to, learn from, and create spaces for counter-hegemonic territorial proposals.

Keywords: sorority; territory; geopolitics feminist; disasters; Mexico.

Corpos-sustentando-corpos: os tremores dos territórios-corpo-terra de mulheres e as respostas feministas aos terremotos na Cidade do México

Resumo:

Os territórios são espaços políticos e vívidos, representados coletivamente por meio de práticas quotidianas passadas e presentes e de interações entre humanos e não humanos. Os movimentos indígenas feministas em *Abya Yala* (América Latina) chamam ao entendimento plural dos territórios, os corpos e a terra, como inseparáveis e co-construídos –território-corpo-terra–. Com base nessa relacionalidade, analisamos os terremotos de 19 de setembro de 1985 e de 2017 no México, que transformaram radicalmente a vida de milhares de pessoas, em particular daquelas com trabalhos precarizados. A partir de entrevistas em profundidade realizadas com as ativistas participantes nas brigadas de resposta a desastres, centramo-nos nas experiências das integrantes da Brigada Feminista, que metafórica e fisicamente sustentaram –e ainda sustentam– os corpos de mulheres marginalizadas, interrompendo a configuração de territórios de violência para reclamar o acesso aos espaços à justiça. Essa brigada mobilizou-se para proteger os corpos das mulheres, não só dos impactos do terremoto, mas também da violência capitalista e patriarcal. Surge aqui a «sororidade» como uma forma de ato coletivo, uma prática territorial de se unir para resistir às violências de gênero e a opressão e lutar pela supervivência e expansão de territórios mais habitáveis e seguros para as mulheres. Afirmamos que é necessária uma política relacional do lugar na academia, que questione a separação dos territórios, os corpos e os desastres para escutar, aprender e abrir espaços para as propostas territoriais contra-hegemônicas.

Palavras-chave: sororidade; território; geopolítica feminista; desastres; México

Introducción

El 13 marzo de 2021, durante el seminario en línea sobre «activismo», como parte de la serie «Conversaciones sobre geografías feministas de América Latina» (organizado por la Escuela de Estudios de Género de la Universidad Nacional de Colombia), las GeoBrujas⁷ discutieron las tensiones históricas entre el activismo y el mundo académico, centradas en las geografías feministas. Esta discusión puso de relieve la frecuente naturaleza extractiva de las prácticas de investigación que extraen y capitalizan las ideas y experiencias de las «mujeres»⁸ activistas, las cuales son compartidas a menudo como *resultado* de la investigación académica, invisibilizando y apropiándose de los *procesos* de colectivización de base. De hecho,

⁷ GeoBrujas es una comunidad de mujeres geógrafas que trabajan en México y que buscan romper la brecha entre la academia y el activismo, ofreciendo perspectivas críticas y contracartográficas sobre los cuerpos y territorios de las mujeres.

⁸ Mujer como una categoría construida que abarca a cualquier persona que se identifique como tal, incluidas las mujeres cis, queer y transgénero.

la academia ha jugado un rol activo al contribuir a la violencia y «precariedad»⁹ que los cuerpos de activistas y mujeres experimentan a diario. Como las GeoBrujas señalan, nosotras —investigadoras— hablamos con frecuencia en nombre de las activistas, y nos convertimos en referentes de los conceptos y las teorizaciones producidos por ellas. Al escucharlas, reflexionamos sobre cómo nuestras prácticas de investigación contribuyen a las formas actuales y futuras de violencia cotidiana impuesta por los sistemas coloniales, racistas, patriarcales y capitalistas (ver Cruz Hernández, 2016). En este artículo, redirigimos nuestra mirada interna y externamente, movidas por las experiencias de las mujeres y las activistas durante dos terremotos de alta intensidad ocurridos en México, el 19 de septiembre de 1985 y 2017, con exactamente 32 años de diferencia.

Respondemos a la invitación de Lorena Cabnal, indígena maya *Q'eqchi'-Xinka*, activista de la *Tzk'at* Red de Sanadoras Ancestrales del Feminismo Comunitario de «Poner el corazón en la palabra»¹⁰, y buscamos dar visibilidad y amplificar el trabajo de la Brigada Feminista en el 2017, no como sujetos de estudio, sino como actoras poderosas y claves involucradas en la producción de territorios más seguros para las mujeres antes, durante y después de los terremotos. Por medio de una aproximación histórica, escuchamos las experiencias vividas en estos terremotos, y cuestionamos la separación epistémica entre los desastres, los cuerpos de mujeres y los territorios. Este análisis parte de nuestra reflexividad feminista y compromiso político de desaprender y desmantelar formas epistémicas de violencia que alimentan la exclusión y explotación racializada y clasista de ciertas mujeres (ver Rodríguez Castro, 2021).

Nos inspiran los procesos de colectivización de indígenas feministas comunitarias y activistas de *Abya Yala* (América Latina), quienes enfatizan la relationalidad y la inseparabilidad entre los territorios, los cuerpos y la Tierra: *territorio-cuerpo-tierra* (Colectivo Miradas Críticas del Territorio desde el Feminismo, 2014; Cruz Hernández, 2016; Zaragocín & Caretta, 2021). Dado que es imposible separar las luchas del territorio, cuerpo y Tierra como planeta de las luchas por la tierra, decidimos seguir las experiencias vividas de activistas y voluntarias, al temblar la Tierra desde su centro y sacudir la vida de millones de personas, creando olas de flujos de cuerpos y materia. Estos terremotos expusieron y exacerbaron las

⁹ «La palabra precariedad deriva de orar y significa ser sostenido por el favor de otro, o dependiente de la voluntad de otro, así es como precariedad adquiere el sentido de arriesgado, peligroso e incierto» (Ahmed, 2017, p.129, nuestra traducción del inglés). «Cuando decimos que algo es precario, generalmente queremos decir que está en una posición precaria... Esta posición —de vivir al límite— es la que se generaliza cuando hablamos de poblaciones precarias (ver Butler, 2015). Vivir al límite: una vida vivida como un frágil hilo que se sigue desenredando; cuando la vida se convierte en un esfuerzo por aferrarse a lo que sigue desenredándose» (Ahmed, 2017, p. 238, nuestra traducción del inglés).

¹⁰ Foro virtual «Defensa de la red de la vida desde nuestro territorio-cuerpo-tierra», organizado por GeoBrujas (2 de agosto, 2020).

experiencias de violencia de mujeres precariamente empleadas, en situación de migración irregularizada y expuestas a procesos cotidianos de violencia (Poniatowska, 1995; Prodesc *et al.*, 2018; González-Ramírez *et al.*, 2022).

La escalada de violencias durante los terremotos hace parte del sistema colonial, capitalista y patriarcal en México, que histórica y sistemáticamente se refiere a las mujeres racializadas y empobrecidas como monolíticas, ahistóricas y «desechables» (González-Ramírez *et al.*, 2022; Wright, 2006). En este sistema, la colonialidad de género emerge como una dicotomía jerárquica y racialmente diferenciada, impuesta para sustentar relaciones coloniales de poder sobre cuerpos, en donde mujeres indígenas, negras y campesinas son deshumanizadas y reducidas al trabajo y al sexo (Lugones, 2010, p. 748, 2020, p. 33). Reconocemos que, como mujeres urbanas de clase media-alta, mestizas-blancas, geógrafas de Colombia y México, y migrantes que trabajamos y escribimos en inglés en Australia y Alemania, también nos hemos beneficiado de esta matriz dominante de poder y de las formas eurocéntricas de producción de conocimiento enlazadas con violencias coloniales-epistémicas (ver Rodríguez Castro, 2021, p. 68). La cosificación y deshumanización del trabajo y de los cuerpos de las mujeres no es un accidente, es central para la circulación y la acumulación de capital y poder en México y en el Norte global, incluidos los lugares en los que hacemos nuestras investigaciones, enseñamos, y a donde nuestras investigaciones nos llevan y en donde presentamos nuestros trabajos (Mbembe, 2003; Wright, 2006).

Entre 1985 y 2016, al menos 52.210 niñas y mujeres en México fueron víctimas de feminicidio (Berlanga Gayón, 2014; ONU Mujeres, Inmujeres, Conavim, 2017, p.17)¹¹. El asesinato de mujeres es la política del lugar y la

territorialización del poder estatal (Harcourt & Escobar, 2005; Mbembe, 2003; Wright, 2011). La escritura de nuevas relaciones espaciales va más allá de los desplazamientos materiales de la Tierra, profundamente incrustados en formas de violencias coloniales antes, durante y después de los terremotos.

Utilizamos los terremotos como eventos que exponen la complejidad de las formas en que los cuerpos posibilitan y construyen la configuración de territorios de violencia. Estos movimientos geológicos en la Ciudad de México ocasionaron un dramático número de muertes, 40.000 en 1985 y 369 en el 2017. Al menos el 61 % de las víctimas del 2017 fueron identificadas como mujeres con un mayor número de heridas (Allier Montaño, 2018). Si bien estas cifras aún son objeto de debate, revelan impactos desproporcionados sobre las mujeres de bajos ingresos y trabajadores migrantes de las zonas rurales de México, de Centroamérica y de Asia

¹¹ Feminicidio entendido como: «actos misóginos violentos contra mujeres... [que] culminan en el asesinato de niñas y mujeres. El feminicidio... ocurre porque las autoridades omisivas, negligentes o en connivencia con los agresores perpetran violencia institucional contra las mujeres bloqueando su acceso a la justicia y contribuyendo así a la impunidad... El feminicidio es un crimen de Estado» (Lagarde y de los Ríos, 2010, p. xxiiii).

(en el 2017), ya que los terremotos sacudieron las violencias y opresiones cotidianas producidas por las relaciones espacializadas de clase, raza y género (Alilovic, 2018; Solís & Donají Núñez, 2017; Wright, 2006). Muchas trabajadoras domésticas se encontraban en lugares de mayor riesgo: cerca de 400 edificios y 30.000 casas se derrumbaron en 1985 y 23 edificios (16 residenciales) en el 2017 (Allier Montaño, 2018, p.14; Solís & Donají Núñez, 2017). Al menos 47,5 % de las mujeres en México se dedican al trabajo no remunerado, incluido el doméstico (datos del 2014, Solís, 2017, p.88). Las divisiones laborales dominantes tienden a limitar la vida y la movilidad de ciertas mujeres, y las sitúan en lugares de gran riesgo, donde experimentan condiciones laborales de explotación, largas horas de trabajo al interior de sus casas o de las de otras personas y en empresas y fábricas maquiladoras de exportación mal construidas y mantenidas. Es así, por ejemplo, que el distrito de la confección de la Ciudad de México, conocido como San Antonio Abad, fue una de las zonas más afectadas por ambos terremotos (Allier Montaño, 2018).

Este artículo busca honrar los esfuerzos de las redes solidarias que reclamaron el control territorial sobre edificios colapsados, mientras exigían la búsqueda y el rescate de las mujeres trabajadoras. Centramos nuestro análisis en las brigadas que surgieron inmediatamente después del terremoto del 2017, incluyendo la Brigada Feminista, los grupos de derechos humanos, la Brigada de Arquitectos y la de Electricistas. Las brigadas son agrupaciones de la sociedad civil organizada que se unen después de un desastre o crisis; surgen de experiencias históricas y colectivas, incluidos los sindicatos de trabajadores (por ejemplo, el Sindicato Mexicano de Electricistas), siendo centrales para la movilización social y los procesos de democratización en México (Allier Montaño, 2018; Poniatowska, 1995). Aunque existe una disputa política entre y dentro de ellas, movilizan temporalmente a estudiantes, feministas, grupos de derechos humanos, académicos y sindicalistas para coordinar y apoyar los esfuerzos de rescate.

Prestamos especial atención a la Brigada Feminista cuya presencia política surgió como clave cuando discutimos los terremotos con las otras brigadas. Este grupo respondió después del temblor espontáneamente, utilizando las redes sociales —Facebook y WhatsApp— para ayudar y exigir el rescate de las mujeres atrapadas en el terremoto. Nuestro objetivo no es el de «estudiar» esta brigada, sino comprender cómo su movilización de base creó territorios más seguros para las mujeres (ver también Koopman, 2011). Momentos después del terremoto del 2017, dicha Brigada reunió a activistas feministas y voluntarias en los sitios en donde se derrumbaron los edificios. En el contexto de feminicidios y violencia en México, el control territorial de las mujeres desestabilizó los preconceptos de *cómo* y *quiénes* debían responder durante los desastres. Su presencia rompió los procesos que dieron forma a dónde y a qué cuerpos «valía» la pena rescatar. Argumentamos que metafórica y físicamente la brigada feminista sostuvo —y siguen sosteniendo— a

los cuerpos de mujeres para emancipar los territorios de violencia producidos por el Estado, con manifestaciones sociales y materiales no solo durante la respuesta, sino después, configurando los esfuerzos de recuperación. La Brigada promulgó y encarnó territorios de cuidado, resistencia y posibilidades.

Para desarrollar este argumento, primero nos basamos en la propuesta ontosepiestmológica de *territorio-cuerpo-tierra*, destacamos sus contribuciones a la geopolítica feminista y las perspectivas decoloniales, y nos enfocamos en la construcción del territorio. A continuación, presentamos la noción colectiva y popular de *sororidad* como un concepto territorial, teorizado por activistas y grupos de mujeres a través de sus prácticas cotidianas. Sororidad suele definirse como el acto político de encarnar las luchas de otras personas como propias (Cabral, 2019; Lagarde y de los Ríos, 2010). Pensamos con el *territorio-cuerpo-tierra* y *sororidad* para examinar los sismos de 1985 y el 2017 en México. Si bien nuestra investigación empírica se enfocó en las brigadas que respondieron en el 2017, las conversaciones con activistas y personas voluntarias enfatizaron la relevancia de comprender el contexto del terremoto del 1985 para entender lo sucedido en el de 2017. Los recuerdos de cómo la sociedad se organizó y formó brigadas en 1985 permanecieron vivos durante el terremoto del 2017, sumado a las memorias de las trabajadoras atrapadas y abandonadas por el Estado. Nuestro análisis se centró en los edificios Álvaro Obregón 286 y Bolívar 168 (también conocido como Chimalpopoca), derrumbados en la Ciudad de México.

Al mismo tiempo reconocemos la respuesta desigual a los terremotos y los actos de sororidad de las feministas comunitarias indígenas y campesinas y de las comunidades que han resistido las violencias estatales en las zonas rurales de México y en otras territorialidades (ver González-Ramírez *et al.*, 2022). Nos basamos en la práctica territorial de la sororidad para enfatizar la relationalidad entre los cuerpos de las compañeras (mujeres acompañantes, socias, amigas, colegas y/o camaradas, ver Lugones & Rosezelle, 1995) y sus innumerables prácticas de cuidado y unión encaminadas a luchar por la supervivencia y expansión de territorios más seguros para las mujeres.

Al contribuir a los esfuerzos cotidianos que se oponen a las violencias que se viven en el territorio-cuerpo-tierra de las mujeres indígenas, negras, transgénero, queer, migrantes y con capacidades diversas durante y después de los desastres, posicionamos a las mujeres como agentes heterogéneas y políticamente activas de cambio. Nuestro análisis expone las configuraciones territoriales de la sororidad en los inquietantes territorios coloniales, capitalistas y patriarcales de violencia. Finalmente, reflexionamos sobre la necesidad de investigaciones cuidadosas basadas en la sororidad, para desafiar y resistir activamente los significados y prácticas que sustentan territorios de violencia, particularmente en el contexto de desastres.

Metodología

Nuestra investigación se basa en el análisis en profundidad de 11 entrevistas (siete individuales y cuatro grupales) realizadas a 22 activistas y voluntarias de la Brigada Feminista, de los grupos de derechos humanos, de la Brigada de Arquitectos y de la Brigada de Electricistas, reclutadas a través de los intercambios de la segunda autora con redes de activistas en la Ciudad de México y por medio de muestreo de bola de nieve. El proyecto fue aprobado por el Comité de Ética de la Universidad de Nueva Gales del Sur, Sídney, Australia. Las entrevistas cara-a-cara fueron realizadas por la segunda autora en «lugares seguros» elegidos por las personas que participaron en las entrevistas, principalmente en espacios públicos, restaurantes, salones de clases, y en algunos casos definiendo puntos de encuentro desde donde se daban instrucciones para llegar ahí. Las personas entrevistadas dieron consentimiento informado verbal antes de las entrevistas. Durante la entrevista compartieron sus experiencias durante el terremoto, siguiendo sus propias historias e intereses, y cerraron con reflexiones sobre el futuro. Este proceso involucró el compartir y la escucha de historias difíciles, de experiencias emocionales y angustiosas (Davidson, Bondi & Smith, 2005), buscamos priorizar el bienestar de las personas entrevistadas permitiéndoles liderar el ritmo y la duración de la conversación, la cual oscilo entre treinta minutos y dos horas y media. Las narrativas compartidas revelaron la relevancia política y la presencia de la Brigada Feminista durante la respuesta y la recuperación, lo que informó nuestro enfoque y análisis. Las entrevistas se transcribieron, codificaron y analizaron por medio de temas emergentes utilizando el programa NVivo. Estos temas incluyeron la relationalidad entre los sismos y los flujos materiales, la participación, el cuerpo y las emociones, los cuerpos activados y la sororidad, la violencia de género, la militarización de la respuesta, el estado neoliberal, el tiempo y la memoria, y el papel de la academia. Ocultamos las identidades de activistas y personas voluntarias. También consultamos fuentes secundarias disponibles en inglés y español como artículos académicos, documentos y reportes oficiales, artículos de medios y documentales, en donde se discuten directamente los sismos en relación con los temas identificados, para contrastar y examinar directamente narrativas discursivas dominantes.

Nuestra colaboración como coautoras surgió de la necesidad de escuchar y procesar colectivamente las emociones encarnadas en estas historias. Proceso a través del cual cambiamos el enfoque inicial de la investigación sobre respuesta a desastres al de las experiencias de las mujeres y el rol de la Brigada Feminista. Nos basamos en las historias y la presencia de esta brigada como eje central de la memoria y reivindicación de las luchas territoriales de las mujeres dentro y más allá de los sismos. Al cuidar los cuerpos y las historias de estas mujeres, escuchamos nuestras propias emociones al cuidar nuestros propios cuerpos y procurar nuestro bienestar (Ratnam, 2019). Esto implicó períodos de pausa, reflexiones y

discusiones a profundidad, el escucharnos con atención, y posicionar los intereses de las activistas y voluntarias al compartir sus historias como el centro de nuestro análisis. Rehusamos hablar en nombre de la Brigada Feminista y de las personas activistas que nos compartieron sus historias, así mismo, decidimos no compartir testimonios que según nuestro juicio podrían exponerlas potencialmente a riesgo (ver Simpson, 2007). No pretendemos posicionarlas como un grupo unificado y estático, y reconocemos el daño potencial de colonizar y ocupar sus luchas cotidianas mientras usan sus propias voces y autonomía para compartir sus propias historias y teorizaciones de base. Este artículo surge de los terremotos, y deja ver cómo quedamos profundamente conmovidas por las historias y los recuerdos escuchados. Finalmente, nos unimos a la multiplicidad de voces en las calles y movimientos sociales en México que han expresado y continúan expresando su rabia contra la violencia de género durante y después de los terremotos, mientras buscan honrar el poder político de la sororidad (ver Luchadoras, 2020).

Cuerpos y la Tierra haciendo territorios

Imaginarios masculinos y occidentales del territorio refuerzan la separación entre el territorio y las experiencias de ser y de vivir con y en lugares dinámicos y complejos (Halvorsen, 2019). Históricamente, estos modos dominantes de entender el territorio están ligados al surgimiento del Estado moderno, y establecen una ordenación jerárquica del espacio, que margina y hace invisibles otras formas de relacionarse y entenderlo (Elden, 2013; Jackman *et al.*, 2020; Pérez & Melo Zurita, 2020). Sin embargo, los territorios son tanto proyectos políticos como espacios vividos, construidos sobre las acciones y prácticas cotidianas, que permiten y limitan las posibilidades y la conexión entre cuerpos —humanos y no humanos— (Cruz Hernández, 2016; Jackman *et al.*, 2020; Smith, Swanson y Gokariksel, 2016).

La multiplicidad de los territorios emerge de determinados contextos históricos y geográficos, así como de significados y prácticas (Halvorsen, 2019). Las memorias ancestrales y presentes intersectan y resignifican los eventos, las historias y la tradición con nuevas perspectivas, y llevan a la construcción de imaginarios del territorio (Serrano, 2015). Desafiando las interpretaciones patriarcales y coloniales del territorio, la *geografía política feminista* y la *geopolítica feminista* han enfatizado la agencia de las experiencias cotidianas en la configuración del territorio (Jackman *et al.*, 2020; Koopman, 2011; Wastl-Walter & Staeheli, 2004). Por ejemplo, Koopman (2011, p.277) destaca las formas en que los movimientos de base en Colombia, la República Democrática del Congo y Uganda utilizan estrategias incorporadas como administrar escuelas y refugios independientes para crear territorios «no seguros, pero más seguros», prestando así atención a las formas en que diferentes cuerpos, espacios, prácticas y saberes

construyen perspectivas territoriales (Jackman *et al.*, 2020; Hyndman, 2001). Smith *et al.* (2016, p.1511, nuestra traducción del inglés) han argumentado que «los cuerpos no solo *son* territorio, sino que también *hacén* territorio», conectando los territorios, los cuerpos y la producción de subjetividades individuales y colectivas. Los cuerpos desafían el control territorial estatal, creando y sustentando activamente configuraciones territoriales alternativas, encarnadas y materiales, y vulnerables a las violencias producidas por las prácticas de territorialización estatal (Smith *et al.*, 2016). Sin embargo, estos cuerpos de trabajo han estado dominados por perspectivas académicas anglófonas, que ofrecen un espacio limitado para comprometerse con conceptualizaciones alternativas del territorio producidas en la práctica, fuera de la academia, por activistas, colectivos y movimientos sociales en el Sur Global (Koopman, 2011; Naylor *et al.*, 2018).

Las perspectivas decoloniales en Abya Yala han rechazado las interpretaciones eurocéntricas del territorio, enfatizan la colonialidad del género y las intersecciones entre género, clase y raza, y se centran en la pluralidad de proposiciones territoriales encarnadas y contrahegemónicas Indígenas y Negras (Heimer, 2022; Naylor *et al.*, 2018). Hay una apertura de la categoría del cuerpo para resaltar su multiplicidad y el papel de las partes corporales en la conexión de cuerpos individuales y colectivos a diferentes territorios (Cruz Hernández, 2016; Zaragocín, 2018). Esta comprensión relacional se fundamenta en las ontologías Indígenas del espacio (Espinosa Miñoso *et al.*, 2014) «y comprensiones decoloniales del cuerpo esencializado» (Zaragocín, 2018, p.204). En efecto, feministas y activistas indígenas comunitarias en Abya Yala argumentan que el cuerpo y la Tierra, coconstituyen territorios, reconfigurados como territorio-cuerpo-tierra:

hemos sido siempre las custodias, generadoras y regeneradoras de lugares donde se reproduce la vida. Las luchas para la recuperación y defensa de sus territorios y sus tierras deben ir de la mano de la lucha por la recuperación de su territorio-cuerpo porque «las violencias históricas y opresivas existen tanto para mi primer territorio-cuerpo, como también para mi territorio histórico, la tierra».

(Colectivo Miradas Críticas del Territorio desde el Feminismo, 2014, p.16)

Tierra, en esta proposición onto-epistemológica, se entiende tanto en relación con la Madre Tierra, como donde se crea y recrea la vida, «un lugar significado, construido con afectividades, construido con una historia» (Cabral, 2010, 2013, p.3). Un pluriverso de mundos y territorialidades (Haesbaert, 2020). Los territorios son frecuentemente conquistados invadiendo y violando los cuerpos de mujeres racializadas (Zaragocín & Caretta, 2020). El reclamo es sobre el cuerpo, por medio de violencias sistémicas y frecuentemente militarizadas (Rodríguez, 2020), que amarran lo íntimo e individual a lo público, al poder del Estado (Cruz Hernández, 2016). La cosificación del cuerpo surge como una manifestación encarnada de poder territorial. Cabral (2015) afirma que

el cuerpo es un territorio vivo e histórico. Como tal, las luchas territoriales Indígenas parten de los cuerpos, en particular de las mujeres, que se extienden a la supervivencia de la vida: mundos y seres indígenas (Haesbaert, 2020, p.296). Además, las memorias imprimen en nuestros cuerpos lo que sucede en el territorio, donde la sanación del cuerpo y de la Tierra es inseparable de la defensa del territorio (Cabral, 2015, 2018; Colectivo Miradas Críticas del Territorio desde el Feminismo, 2014; Dorronsoro, 2013).

Los terremotos y otros eventos de desastres mueven cuerpos y materia, interrumpiendo y transformando configuraciones territoriales y relaciones de poder existentes. Los terremotos en México exponen la conexión entre los movimientos geológicos de la Tierra y la política encarnada del lugar—intrincadas intimidades entre lo social y lo biofísico— (Gerlofs, 2021; Yusoff, 2018). Así mismo, conectan las materialidades y procesos que transforman las superficies cotidianas en terrenos inestables, y descubren parcialmente lo que no se ve (Melo Zurita *et al.*, 2018). Los cuerpos esencializados, racializados y migrantes que operan maquinaria pesada y sustancias tóxicas son invisibilizados mientras trabajan en lugares superpoblados y en mal estado, encontrándose más expuestos a los peligros de la Tierra en movimiento, llevando las cargas del capitalismo (Gerlofs, 2021; Yusoff, 2018). Como argumentó un activista de derechos humanos durante una entrevista, «*No todos los cuerpos viven el desastre de la misma forma*». No podemos separar la geología de los sismos de la Ciudad de México, una megalópolis que crece sobre antiguos lagos, y la historia del activismo político y los movimientos sociales que llevaron a la democracia en el 2000, y aumentaron las demandas por la protección de los derechos de las mujeres (Gerlofs, 2021). En las siguientes secciones examinamos la interconexión entre los territorios, los cuerpos y la Tierra, centrándonos en la violencia encarnada y la resistencia que experimentaron las trabajadoras precarizadas y las activistas feministas durante los terremotos de 1985 y el 2017. Nuestro análisis destaca la relationalidad de estos eventos, enfocados en las prácticas territoriales de *sororidad* que resisten las violencias estatales, y crean territorios de posibilidades.

Territorios de violencia

El 19 de septiembre de 1985 y de 2017, dos terremotos de alta intensidad interrumpieron y transformaron la historia de México. Miles de personas salieron a las calles buscando ayudar en lo que pudieran. La sociedad civil movilizó sus redes solidarias y organizó brigadas que posteriormente lideraron esfuerzos de búsqueda y de rescate. Algunas de las actividades realizadas los minutos, días, meses e incluso años que siguieron a los terremotos, incluyendo la construcción y organización provisional de albergues y campamentos de rescate, centros de acopio de herramientas y de alimentos, asistencia médica y emocional, servicios

de cocina, limpieza, remoción de escombros, evaluación de los daños estructurales de las edificaciones, des/conexión de los servicios de agua y electricidad, así como la documentación de abusos a los derechos humanos (Allier Montaño, 2018; Suárez Buendía, 2018)

Las experiencias encarnadas y situadas de lo ocurrido durante y después de los terremotos permanecen profundamente arraigadas en la memoria colectiva de México (Allier Montaño, 2018). Unas horas antes del terremoto de 2017, el entonces presidente Enrique Peña Nieto y la Armada de México elevaron la bandera mexicana en la Plaza de la Constitución de Ciudad de México para conmemorar el sismo de 1985. Un minuto de silencio marco el evento para recordar las vidas perdidas. Unas horas más tarde, momentos de silencio también serían esenciales para escuchar a cualquier persona atrapada entre los escombros de edificios derrumbados.

Para muchas personas que experimentaron los devastadores impactos del sismo de 1985, la tierra temblorosa evocó miedo y trauma, la inseparabilidad de los cuerpos y la Tierra. Numerosos colectivos recurrieron a sus redes y relaciones territoriales a menudo sostenidas a largo plazo para movilizar apoyos. Como explica Patricia, profesora de historia de preparatoria y universidad públicas: «*cuando ocurre el sismo están listos. No es que estén listos, por ejemplo, con víveres, pero tienen una red de trabajo que se activa rápidamente para responder a la tragedia*». Aunque las redes de telefonía móvil estaban caídas, el acceso a WhatsApp y las redes sociales continuaba, convirtiéndose en plataformas centrales de conexión. Grupos de activistas compartieron llamados a donaciones y pidieron asistencia, al mismo tiempo que documentaron sus experiencias vividas y territorializadas del terremoto.

La falta de comunicación de los canales oficiales del gobierno creó una atmósfera de confusión, haciendo de las redes sociales la principal fuente de (des)información. Como lo recuerda la periodista Blanche Petrich en el documental *El dolor y la esperanza*, las autoridades le pidieron a la gente quedarse en sus casas, con el argumento de que los militares se harían cargo de todo. Ella había escuchado este mismo mensaje en 1985, cuando los esfuerzos de respuesta de la sociedad civil excedieron los estatales y jugaron un papel esencial para salvaguardar vidas. Pronto imágenes y videos de enormes cadenas humanas y de rescatistas voluntarios, conocidos como *Los Topos*¹², removiendo escombros y levantando puños para pedir silencio se viralizaron en los medios. Como lo describe Oscar, abogado de derechos humanos:

De la escena más marcada que tengo es cuando se levantaba el puño... eran unos silencios en los que nos hacíamos estatuas, una cosa te vibraba por dentro... porque así hubiera una sola persona ahí, valía la pena estar allí...

¹² Una brigada que se especializó en el rescate de personas atrapadas desde el Sismo de 1985.

alguien levantaba el brazo, era impresionante, y nadie decía palabra... te cimbraba el cuerpo ese silencio.... Entonces el Topo decía ahí hay vida... yo creo que ni el estadio cuando la selección mexicana gana, era así el júbilo, y todos gritaban, ¡órale a chingarle!

Los esfuerzos de rescate implicaron coordinación y acción colectiva, los cuerpos de las personas voluntarias se encontraban en profunda sintonía con todos los ruidos y silencios de la Tierra en movimiento. Trabajaron en conjunto para detectar la presencia de individuos atrapados, mientras evaluaban los daños estructurales para garantizar su propia seguridad. Esto fue extremadamente difícil en un contexto de caos, escombros inestables y réplicas recurrentes.

El terremoto de 1985 desencadenó la transición de un modelo reactivo a uno preventivo de reducción de riesgos de desastres, reconocido progresivamente bajo el lema de la «protección civil» (Ruiz-Rivera & Melgarejo-Rodríguez, 2017). En 1987 se creó un nuevo Código de Construcción, que fue actualizado en el 2004; sin embargo, las capacidades institucionales y los recursos para su implementación se han distribuido de manera desigual entre y dentro de las áreas urbanas y rurales, y con el tiempo se ha reducido la aplicación y el cumplimiento de las medidas de protección civil (Ruiz-Rivera & Melgarejo-Rodríguez, 2017). En 1985 y el 2017, la respuesta de las agencias dirigidas por el Estado y los servidores públicos, incluidos la policía y el ejército, privilegiaron los intereses de poderosos actores económicos estatales y privados, territorializando un ordenamiento jerárquico del espacio (Brigada Feminista, 2017; Poniatowska, 1995). En ocasiones, esto implicó trabajar con la sociedad civil para salvar vidas, específicamente en las colonias más ricas, como la Colonia Roma y la Colonia Condesa en el centro de la Ciudad de México, en donde cientos de personas se movilizaron para ayudar a encontrar personas atrapadas bajo los escombros, con flujos de materiales de ayuda abundantes, a menudo hasta el punto del desperdicio de alimentos y de la redirección de ayudas por parte de activistas hacia otras localidades. Por el contrario, en los barrios de las afueras de la capital, los flujos de ayuda fueron menos abundantes, y para muchos, el apoyo del Gobierno aún no ha llegado (ver Lakhani, 2017; Trotta, 2017). Las relaciones históricas de poder se manifiestan en el lugar, y reforzaron las desigualdades territoriales encarnadas (Colectivo Miradas Críticas del Territorio desde el Feminismo, 2014, p.17).

En la Colonia Obrera (también conocida como La Obrera), el barrio de la confección de San Antonio Abad (en 1985), y los edificios Bolívar 168 y Álvaro Obregón 286 (en 2017), no se priorizó salvar la vida de aquellas personas con trabajos precarizados. La Obrera ha sido históricamente un barrio popular de clase trabajadora, que alberga a trabajadores migrantes y comerciantes provenientes de zonas rurales de México y otras geografías. Un barrio sometido a una presencia estatal débil y temporal, con baja provisión de servicios, un

creciente nivel de inseguridad y con gran expansión comercial (Mercado Revilla, 2015). Las personas que quedaron atrapadas en La Obrera mientras cumplían con sus actividades laborales amenazaron a los intereses capitalistas de quienes permitían y se beneficiaban activamente de la explotación de su mano de obra. Los cuerpos de mujeres precarizadas, incluidas las trabajadoras domésticas e industriales racializadas e «indocumentadas», fueron reconfigurados como desecharables, a veces incluso enmarcados por agentes estatales como inexistentes y/o imaginados. En algunos casos, la policía y el ejército tomaron el control de los edificios derrumbados, restringiendo el acceso de las brigadas, la sociedad civil y la prensa, mientras obstruían activamente los esfuerzos de rescate y ocultaban lo que había bajo los escombros (Saade & Mendoza, 2017; Suárez Buendía, 2018). Estas irregularidades impactaron dramáticamente a personas trabajadoras que podrían haber sido rescatadas y perdieron sus vidas atrapadas al interior de los edificios colapsados (Prodesc, Poder & Serapaz, 2018). Esta violencia se encuentra profundamente conectada con la historia clasista y generalizada de las trabajadoras precarizadas en La Obrera. Violencias directas, estructurales y sistémicas que tuvieron lugar antes, durante y después del terremoto, y que escalaron temporalmente sacudiendo el territorio-cuerpo-tierra. De hecho, los agentes estatales parecían estar más interesados en ayudar a las empresas con el retiro de maquinaria industrial y otros suministros que en rescatar personas atrapadas, acelerando los procesos de evacuación y de limpieza de escombros (Brigada Feminista, 2017); así lo señaló Lucía, feminista anarquista, quien formó parte de la Brigada Feminista en Bolívar 168:

Hay compañeras que dieron testimonios que los soldados guardaron y sacaron telas y todo lo que se podía del inmueble, todo lo que servía, máquinas, papeles y documentos por la parte de atrás. Sus labores de rescate fueron materiales y de resguardo de documentos. Chimalpopoca [Bolívar 168] viene a ser este sistema de corrupción fascista, misógino patriarcal, que aplastó a un grupo de obreras en todo sentido... pasándolas al plano de la inexistencia.

En este contexto, las activistas utilizaron sus cuerpos para resistir y abrir espacios para la visibilidad y la acción colectiva. Sin embargo, al controlar y restringir la movilidad y el acceso a lugares específicos, los agentes del estado trabajaron para ocultar la presencia de ciertos cuerpos, agilizando los esfuerzos que ellos mismos denominaron de «limpieza» y de obstrucción del flujo de información. Esto redujo las oportunidades de justicia y rendición de cuentas, mientras se privilegiaron los intereses de las élites políticas y privadas (Saade & Mendoza, 2017). En las palabras de Fernanda, integrante de la Brigada de Electricistas:

Muchos de esos cuerpos que fueron rescatados estaban vivos y fueron aplastados por la maquinaria pesada... Mucha de esa gente estaba viva y eran trabajadores de Chimalpopoca [Bolívar 168]... mucha gente estaba trabajando de forma ilegal,

no tenían prestaciones, encontraron pasaportes, muchos «indocumentados»... migrantes. Lo que hicieron fue decir que se necesita hacer el levantamiento porque la empresa, los dueños querían la aplicación del seguro... Los militares tomaron después el control de la zona, controlando el acceso... Sacaban los cuerpos y decían no, no, no es cierto que había 100 trabajadores. Decían acá solamente se rescataron 20 cuerpos, nunca hubo una cifra ni siquiera exacta... La respuesta del Gobierno era decir: «¿si hubiera más cuerpos por qué no están las familias reclamando?... En Álvaro Obregón... pasó lo mismo... ocultando lo que nosotros como ciudadanos si veíamos cuando sacaban cuerpos e incluso hicieron cámaras de refrigeración para poderlos guardar...»

El relato de Fernanda expone la crueldad y la complicidad del Estado en proteger los intereses de los actores privados, y su rol en dictar quién puede vivir y quién puede morir —una *necropolítica* (ver Mbembe, 2003)—. La misma necropolítica que rige la explotación capitalista del territorio-cuerpo-tierra de las trabajadoras precarizadas ha sido históricamente desafiada y resistida por redes de activistas y movimientos sociales en México (ver, por ejemplo, Aguilar García, 2017).

Varias élites financieras y políticas buscaron capturar donaciones y fondos de ayuda (doméstica e internacional) para su beneficio financiero y político en el contexto de las próximas elecciones generales del 2018 en México (Poole & Renique, 2017; Saade & Mendoza, 2017). La corrupción fue posible en parte por la falta de transparencia y responsabilidad sobre los fondos de ayuda (Poole & Renique, 2017). Mientras tanto los esfuerzos de recuperación se centraron en préstamos e incentivos de mercado, y beneficiaron los intereses de los bancos, las compañías de construcción y los sectores de bienes raíces. Mariana, profesora universitaria de arquitectura y miembro de la Brigada de Arquitectos, argumentó:

No hay una inversión importante del Gobierno Federal para esto. Lo que están haciendo en crudo, es créditos para la reconstrucción... ¿por qué créditos si la gente aporto muchísimo dinero? era la solidaridad desbordada. Se veía un Estado totalmente omiso, no incapaz, porque yo creo que no fue rebasado. Si fue rebasado fue porque el estado quiso ser rebasado, no le importó... el ejército sólo estaba como un mecanismo de contención... literal para controlar a la gente... lo que quisieron hacer fue el control físico de los lugares en donde había derrumbes, ¿por qué?, porque la gente se organiza.... Ellos aprendieron del 85. La gente se organizó después del 85 por viviendas...servicios.... en los dos casos, es que les dicen aquí en colectivo nada.

El relato de Mariana cuestiona el mito de un Estado rebasado, que fue frecuentemente mencionado durante las entrevistas, y en los medios de comunicación. En cambio, argumenta que la respuesta insuficiente no fue un accidente, sino que sirvió a los intereses del Estado capitalista. Un Estado

que no estaba interesado en participar, sino en capitalizar de la tragedia y de la solidaridad de la gente. Los agentes del Estado trabajaron principalmente para asegurar el control territorial, buscando mantener los flujos y acumulación de capital. Para facilitar esto, el despliegue militar también obstruyó los esfuerzos de organización social, impidiendo que los cuerpos de las víctimas, sus familias y rescatistas pudieran encontrarse (Poole & Renique, 2017). La violencia fue utilizada como una herramienta política para aislar ciertos cuerpos, forzando la separación de los cuerpos y la Tierra para obstruir procesos colectivos en defensa del territorio-cuerpo-tierra.

El Estado feminicida

Como recuerdan activistas y voluntarios, en 1985, numerosas fábricas y talleres alrededor del centro de manufactura textil y de confecciones de San Antonio Abad en la Ciudad de México se derrumbaron después del terremoto de magnitud 8.1, dejando inactivas alrededor de 1326 fábricas y talleres (legales e ilegales), 800 de éstas fueron destruidas, matando al menos 600 costureras, y dejando aproximadamente a 7.000 mujeres sin trabajo y/o ingresos (Corona Cadena, 2010, p.75). Como lo recuerda Pedro, académico y voluntario que participó en la respuesta de la emergencia en 1985 y en el 2017:

En el 85... en el caso de las costureras compañeras de San Antonio Abad y toda esta zona, los dueños lo único que querían era rescatar las maquinarias. Entonces, buscaron una forma de que las autoridades declaran lo más rápidamente posible, que no había víctimas que rescatar, para que las máquinas entraran a rescatar las maquinarias... sabemos que todavía había compañeras vivas que fueron asesinadas de esta manera.

Esto generó una indignación colectiva, ya que las costureras en colaboración con otras brigadas utilizaron sus propios cuerpos para bloquear y resistir, para así tomar el control del territorio-cuerpo-tierra. Tras el terremoto de 1985, las costureras se movilizaron en las calles con pancartas que decían «*Una costurera vale más que toda la maquinaria del mundo*». Como recuerda Evangelina Corona Cadena (2010, p.80), costurera y una de las fundadoras del Sindicato Nacional de Trabajadoras de la Industria de la Costura, Confección y Vestidos, Similares y Conejos, fue alrededor de los escombros que las costureras se encontraron, compartieron sus experiencias vividas y sindicalizaron su lucha contra la opresión. Exigieron colectivamente la rendición de cuentas, la protección de sus derechos y mejores condiciones laborales (Poniatowska, 1995). El terremoto fue profundamente político y condujo a un período conocido popularmente como el «despertar de la sociedad civil», fundamental para la transición democrática de México de un régimen de partido único de 70 años (Allier Montaño, 2018). Después de la firma del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) en 1993, las pequeñas fábricas

ubicadas en el centro de México comenzaron a desaparecer. Se establecieron zonas industriales de maquiladoras a mayor escala en las ciudades fronterizas cerca de los Estados Unidos de América (Alilovic, 2018; Wright, 2011).

No fue sorprendente que 32 años después, en el 2017, cuando se produjo el terremoto de magnitud 7,1, los recuerdos del sismo de 1985 estuvieron vívidamente presentes. A pocas cuadras de San Antonio Abad, en la esquina entre las calles Bolívar y Chimalpopoca, se derrumbó el Bolívar 168, un edificio viejo y en malas condiciones. Bolívar 168 había sido evaluado como de «alto riesgo» y «necesitaba demolición» luego del sismo de 1985, sin embargo, continuó operando, albergando un taller de confecciones, una importadora de juguetes, una comercializadora de regalos, una empresa de seguridad automotriz y oficinas privadas (Prodesc, Poder & Serapaz, 2018; Turati, 2017a). Su derrumbe reveló irregularidades tanto en el cumplimiento como en la aplicación de las medidas de protección civil del Código de Edificación de Vivienda que podrían haber salvado vidas. Se reporta que entre 15 y 21 personas fueron asesinadas en Bolívar 168, predominantemente mujeres (Solís & Donají Núñez, 2017; Turati, 2017a). Así lo relató Rosa, activista de derechos humanos:

Pudimos... encontrar... irregularidades a la atención de las víctimas por parte de las autoridades... estamos acompañando a estas personas que perdieron familiares en el edificio, justo para documentar, para insistir en que también estos temas de desastres son temas de derechos humanos, porque el actuar de las autoridades está inmiscuido, desde las irregularidades mismas en el edificio... aparentemente no estaba registrado para ser un edificio de esa índole, que ya estaba dictaminado desde el 85 que tenía que demolerse.... Que estaba construido para soportar dos pisos y se le construyeron otros dos más. Además, se le instaló una antena de telecomunicaciones que pesaba cuatro toneladas... no estaba diseñado el edificio para soportar este peso... las autoridades de Ciudad de México debían responder adecuadamente con la demolición... y no lo hicieron.

Varias de las mujeres asesinadas en el derrumbe fueron identificadas como inmigrantes «indocumentadas» de Centroamérica y Taiwán, sus cuerpos fueron invisibilizados por las relaciones capitalistas y por el Estado, en un contexto de precariedad laboral en espacios de trabajo inseguros. Migrantes que escapan de la violencia mientras navegan por un estatus migratorio precario. No todos los cuerpos experimentan el mismo terremoto. Entre brigadistas, personas voluntarias y vecinas, se empezó a rumorar que había más mujeres migrantes atrapadas en el sótano del edificio. La falta de información sobre la distribución de planta y de las áreas de trabajo aumentó las tensiones entre los organismos del Estado y la sociedad civil (Chilango, 2017). La policía aseguró el área y restringió el acceso, buscando controlar el uso de herramientas (palas, guantes, gafas, etc.) para esfuerzos de rescate por parte de las brigadas. El 22 de septiembre, la policía

abandonó el recinto alegando que ya no había personas atrapadas y que se iba a dar paso a maquinaria pesada para «limpiar» la zona. Sin embargo, lo ocurrido con las costureras en 1985 estaba vivamente presente en la memoria colectiva del territorio-cuerpo-tierra, moldeando las acciones de activistas y personas voluntarios que resistieron y continuaron cavando hoyos en el suelo tratando de acceder al sótano para salvar vidas. En respuesta, el Gobierno desplegó el cuerpo de granaderos en la zona, acordonando los sitios de derrumbe, escalando la violencia (Suárez Buendía, 2018). El Estado utilizó tecnologías de territorialización para controlar los espacios y las personas. Los procesos de territorialización llevados a cabo por la Brigada Feminista surgieron como una alternativa destinada a brindar seguridad a las voluntarias y personas atrapadas, al mismo tiempo sus esfuerzos abrieron espacios para que se visibilizara a trabajadoras migrantes —una contraterritorialización— (Heimer, 2022).

En Bolívar 168 y otros edificios derrumbados, activistas de derechos humanos documentaron que la policía tomó y compartió fotos de los cadáveres de las víctimas utilizando chats de teléfonos móviles para su identificación. Este trato inhumano de los cuerpos revictimizó tanto a los cuerpos de las víctimas como a los de sus familiares. Como lo explica Rosa:

Una cosa que también salió a notarse con esta labor de documentación y de acompañamiento que realizamos, también en el tema de manejo de cuerpos... se realizó en unos casos por medio de fotos por vía de un celular, en... un chat para personas fallecidas, un trato súper revictimizante y que les decían: identifiquenlos ahorita porque si no se los llevan... pues vemos un trato indigno, para con las personas fallecida y para con las víctimas indirectas que son las familias... El Estado no está capacitado técnicamente ni sensibilizado y además está todo el sistema de impunidad que permite que se violen derechos humanos.

La falta de sensibilidad sobre las trabajadoras asesinadas habla de los esfuerzos del Estado y de los actores privados para alienar a ciertos cuerpos de lugares particulares, obstruyendo las oportunidades de justicia, rendición de cuentas y reparación.

De la misma forma, el edificio de viviendas multifamiliar, Álvaro Obregón 286, se derrumbó asesinando al menos a 49 personas. Se le habían construido tres pisos adicionales en circunstancias irregulares lo que aumentó la inestabilidad estructural del edificio —uno de los desastres anteriores al terremoto (Prodesc *et al.*, 2018). Muchas de las personas que estaban al interior trabajaban de forma temporal y sin contrato. Turati (2017b) reveló que los funcionarios del Gobierno estaban restringiendo la entrada de algunas brigadas de rescate, ocultando cuerpos que fueron sacados de los escombros no reportados en los puntos oficiales de información. Algunas de las rescatistas voluntarias afirman que vieron cómo se sacaban cuerpos

del predio de manera sospechosa (Turati, 2017b). Los familiares de las víctimas afirmaron haber sido ignorados e invisibilizados por agentes del Estado. Los canales oficiales de información fueron cerrados después del 21 de septiembre, cuando una lista de las personas sobrevivientes fue compartida. Tecnologías similares de violencia que fueron movilizadas en Bolívar 168 fueron implementadas en este sitio, el trato de los cuerpos —vivos y muertos— fue deplorable (Turati, 2017c). El 25 de septiembre, agentes de la policía solicitaron a los familiares de las víctimas firmar un acuerdo de confidencialidad para acceder a información oficial sobre los cuerpos de las víctimas, lo que les impediría intercambiar información con la prensa y en redes sociales (Turati, 2017b). La policía trató de silenciarlos para tomar violentamente el control sobre los cuerpos, los familiares se opusieron y resistieron este trato lo que intensificó los enfrentamientos entre la sociedad civil y los agentes estatales, incluyendo a la policía, de esta forma evidenciando como los cuerpos son sitios de luchas territoriales.

Al mismo tiempo que el Estado y sus agencias promulgaron el aseguramiento de sitios y personas, se activó una alianza a largo plazo entre la cadena nacional de noticias más grande del país, Televisa, y el Estado. Una extensión de las tecnologías de la violencia que pretendían controlar la narrativa fue la historia de «Frida Sofía», una niña de 12 años que supuestamente se encontraba atrapada entre los escombros de la colapsada Escuela Enrique Rébsamen. La historia fue confirmada más adelante como una fabricación, un espectáculo mediático entre Televisa y las agencias del Estado, con la cual cumplieron el propósito de aumentar los números de rating y distraer al público de lo que ocurría en otros lugares (Villamil, 2017). Durante dos días el público internacional y nacional se sintonizó para seguir esta historia, hasta que se filtró información que la desmentía, así salió a la luz la crueldad de sacar provecho de las tragedias reales e imaginarias de cuerpos de mujeres. Entre activistas, el término «Frida Sofía» pasó a ser utilizado posteriormente como símbolo de desinformación (Muñoz, 2017), una tecnología para desviar la atención de lugares y cuerpos particulares, así mismo controlando los flujos de apoyo de personas voluntarias. El Estado capitalista depende de estas tecnologías de poder —discursos, ejércitos y políticas (por ejemplo, declarar el «estado de emergencia»)— para deshumanizar ciertos cuerpos y lugares. La Tierra temblante expone e intensifica la violencia vivida en el territorio-cuerpo-tierra.

En la siguiente sección nos enfocamos en la existencia y emergencia de territorios de sororidad, en donde las activistas pusieron sus cuerpos en primera línea para exigir la continuación de los esfuerzos de rescate y buscando acceder a zonas de control militarizado, mientras visibilizaban la violencia estatal.

Territorios de sororidad

Lagarde y de los Ríos en la conversación virtual «Caminando hacia la sororidad», organizada por el Colegio de México A.C., el 18 de marzo de 2021, define la *sororidad* como una construcción política, una manera de hacer, una ética de la práctica feminista que busca transformar las relaciones conflictivas y desiguales entre las mujeres. En ocasiones, la sororidad surge como una forma de altergeopolítica, la práctica feminista de cuerpos activados, cuerpos en movimiento, que se unen para construir «seguridades alternativas no violentas» (Koopman, 2011, p.277), como lo muestra la Brigada Feminista en su respuesta posterior al terremoto. Sin embargo, la sororidad va más allá, como un acto político y reflexivo que requiere escuchar y luchar por las luchas de otras mujeres como propias. Esto requiere contribuir con acciones específicas (actos sororos) para colectivamente eliminar todas las injusticias de género y formas de opresión social (Cabral, 2019; Lagarde y de los Ríos, 2010). La sororidad toma elementos de la amistad entre las mujeres para proponer una alianza, un pacto existencial y político en el que nosotras (las mujeres) nos conocemos, comprendemos y reconocemos como iguales y diferentes, «cuerpo a cuerpo y subjetividad a subjetividad personal entre mujeres» (Lagarde y de los Ríos, 2010, p.125).

Enraizada en la reciprocidad, la sororidad forja el apoyo mutuo para el empoderamiento de todas las mujeres. Al hacer esto, no asume una noción falsa de «opresión común» o «unidad igualitaria» entre las mujeres como ha sido criticado por activistas negras y latinx en relación con la noción de hermandad femenina y sus experiencias racistas adentro del movimiento feminista en los Estados Unidos (ver hooks, 1986; Lorde, 1984; Lugones & Rosezelle, 1995). En su lugar, forja un pacto que tiene una agenda y objetivos compartidos claros y temporales, los cuales deben ser acordados y renovados, añadiendo y creando nuevas conexiones, como lo explica Lagarde y de los Ríos: «Al pactar el encuentro político activo tejemos redes inmensas que conforman un gran manto que ya cubre la Tierra» (2006, p.126). Como una práctica territorial, recorre las configuraciones espaciales de las luchas de las mujeres, identificando formas de resistencia y alianza política, que implica una ética del cuidado y de solidaridad comprometida con confrontar y desmantelar las relaciones desiguales de poder de las mujeres incrustadas en desigualdades espacializadas, racializadas, elitistas y heteronormativas (Lagarde y de los Ríos, 2006). Al ser situada y relacional, la sororidad comparte la lucha colectiva por desmantelar y emancipar el territorio-cuerpo-tierra de las mujeres de las relaciones coloniales de dominación facilitadas e impuestas por el estado capitalista-patriarcal (Cabral, 2019; Zaragocín & Caretta, 2021). De allí que trabajar en la construcción de una memoria colectiva y de espacios de justicia y reparación, como señala Cabral (2018) es «recuperar la alegría sin perder la indignación».

Durante el terremoto *cuerpos-sosteniendo-cuerpos* surge como un acto de *sororidad*, la unión de complejas redes de colectivos emergentes y de largo plazo que ocuparon territorios estatales de violencia para proteger la vida de todas las mujeres. Los terremotos sacudieron y superaron temporalmente la división dentro y entre ciertos grupos, abrieron espacios para la acción colectiva, para cuidar política y activamente las trabajadoras marginalizadas. Estos actos de necropolítica involucraron a brigadistas que pusieron en peligro sus propias vidas para defender la vida de quienes luchaban por sobrevivir bajo los escombros. Cuerpos-sosteniendo-cuerpos es una práctica territorial histórica que afecta a generaciones de mujeres y se materializa en la sororidad, un acto político, una forma de hacer (Cabral, 2019; Lagarde y de los Ríos, 2010). En el contexto de los terremotos, la sororidad se trata de «sostener» como legado de presencia y resistencia. Mantener tal legado es una lucha, ya que la narrativa principal durante los desastres está dominada por actos masculinos de rescate y de respuesta. Durante el terremoto del 2017, imágenes de policías, bomberos y perros, incluidos videos de cientos de personas y uniformados cantando el himno nacional alrededor de edificios derrumbados, circularon en los medios de comunicación. Los actos de mujeres, personas mayores y muchas otras personas de la sociedad civil que participaron en la respuesta de la emergencia fueron en gran parte excluidos del discurso público. Algunos medios alternativos compartieron fotos de mujeres activistas, lo que reivindicó su presencia activa en la respuesta (por ejemplo, Ureste & Aroche, 2017). Como observó Ana, quien hizo parte de la Brigada Feminista:

La mayoría de las imágenes que yo recuerdo son hombres militares, hombres brigadistas. Si había algunas chicas Topo, por ejemplo, pero las recuerdo más institucionales, de uniforme... Ósea no solamente estamos en la demanda [contra la] violencia [física] hacia las mujeres... también simbólica, que es esto de invisibilizarnos en los espacios... No olvido una foto de portada... que es una chica con casco levantando el brazo y eso es extraordinario. Nos habla simbólicamente en el imaginario que nosotras también reconstruimos, que nosotras también estábamos en ese espacio, que no somos sólo la del rol de la enfermera que trae algodón, estábamos en este espacio y entramos parejo.

Las mujeres no sólo fueron víctimas, sino también agentes de resistencia y cambio, que se preocuparon y lucharon por formas de vida que les permitieran prosperar, sanar y reconstruir después del terremoto. Comprender los territorios de la sororidad requiere reconocer que las luchas de clase, género y raza están interconectadas y son inseparables de la configuración violenta de los cuerpos de ciertas mujeres como territorios que necesitan ser conquistados (Aguilar García, 2017; Lugones, 2020). Los territorios de la sororidad son colectivamente producidos para desmantelar la opresión de género y salvaguardar la supervivencia y expansión de territorios

más seguros para las mujeres (Cruz Hernández, 2020). De hecho, como lo revelan activistas Indígenas y feministas, sobrevivir y existir en estos contextos altamente violentos es un acto de resistencia todos los días, todo el tiempo.

Brigada Feminista en Bolívar 168

El feminismo en México es histórico y diverso, los diferentes colectivos incluyen a las Costureras, Las Zapatistas, Feministas Comunitarias Indígenas, Las Madres, académicas, Marea Verde, Bloque Negro, La Manada, Las Colectivas, entre otros (ver Luchadoras, 2020). La llegada de las feministas y el surgimiento de la Brigada Feminista en Bolívar 168 estuvo ligado en gran parte a la proximidad geográfica con el *Punto Gozadera*, un restaurante-bar feminista, en donde algunas activistas se reúnen y organizan debates políticos y culturales, talleres, y fiestas. Como lo define Ana, activista feminista:

Es un espacio autogestivo, es un espacio para sororar, es un espacio solidario... son chavas que están en el lugar... activadas políticamente... Entonces decimos «¿en dónde nos vemos?, pues en La Gozadera»... Es un punto de reunión para nosotras... Un sitio en donde podemos estar seguras, en donde... somos aliadas todas. Y coincide que estratégicamente, geográficamente... pues estaba cerca de Chimalpopoca [Bolívar 168]... eso es La Gozadera. Un espacio lésbico, feminista, transfeminista.

Como punto de encuentro, Punto Gozadera, se traduce en un lugar de disfrute, creado como un territorio autónomo y diferenciado en donde las configuraciones coloniales y patriarciales del espacio son discutidas, resistidas y transformadas colectivamente. Las mujeres reunidas en este Punto utilizan colectivamente prácticas corporales, afectivas y culturales para abrazarse y movilizar cambios sociales (López Castañeda, 2019). Conscientes de la precariedad y de los altos riesgos que enfrentan las mujeres que trabajan en la zona industrial cercana, después del terremoto del 2017, algunas activistas se movilizaron y compartieron en sus redes sociales imágenes de lo que sucedía en sus alrededores, incluyendo el edificio Bolívar 168. Estas imágenes activaron los cuerpos de otras mujeres, quienes se desplazaron físicamente y/o asistieron virtualmente para coordinar el flujo de apoyos. Así lo recuerda Ana:

de pronto se hizo un grupo de la brigada feminista. Que justo eran estas compañeras, estas de La Gozadera que habían salido a ayudar a Chimalpopoca [Bolívar 168]... En el 85 el centro fue una zona en donde murieron muchas mujeres por el tema de la fabricas, murieron ahí. En edificios colapsados. Entonces ellas salen al edificio de Chimalpopoca y ellas entran a ayudar. Pero la ayuda que ellas hicieron fue de ir a picar, a levantar piedra... para levantar restos o mujeres que estén atrapadas... empezaron a encontrar documentos y queríamos saber de pronto quienes eran las mujeres que estaban ahí trabajando y en qué condiciones estaban trabajando.

La sororidad surgió en forma de *acuerpar*, definido por Cabnal (2019) como el acto individual y político de indignación y de encarnación de las luchas de otras personas como propias. Esta es también una materialización territorial, una intención de transgredir las demarcaciones de poder, de ampliar los derechos de las mujeres, de transformar territorios violentos solidariamente para que sean seguros. En este acuerpar, Lucía, quien hacía parte de la Brigada Feminista, había sido golpeada unos días antes cuando tuvo que usar su propio cuerpo para proteger a una compañera y su bebé de los golpes de su pareja violenta. El terremoto la tomó por sorpresa cuando estaba intentando presentar cargos en una comisaría. Colectivamente, el trabajo de estas mujeres ayuda a visibilizar y a resistir las injusticias que sufren los cuerpos de las mujeres migrantes y empleadas precarizadas. En las palabras de Lucía:

Estos cuerpos no son imaginados, son reales, en la sororidad esos cuerpos se extienden, lo que pasa sobre el cuerpo de la otra es sobre el mío. La violencia, precarización y marginalización son reales.

La exclusión de los cuerpos de las mujeres de la respuesta al desastre no fue sólo infundida por agentes del Estado sino también por los cuerpos de solidaridad masculinos, muchos de los cuales reforzaron roles de género diferenciados que restringieron y controlaron la participación de las mujeres. La Brigada Feminista, irrumpió esta narrativa y reclamó la presencia de las mujeres en los espacios públicos durante desastres, promulgando diferentes espacialidades. Cuerpos-sosteniendo-cuerpos como una práctica territorial radical centrada en la defensa de la vida de las mujeres, la manifestación material del cuerpo-cuerpo como acto de resistencia. Sin embargo, estas presencias fueron enmarcadas predominantemente por los principales medios de comunicación y actores estatales como un obstáculo para los esfuerzos militares, supuestamente dirigidos a la protección de las mujeres y el apoyo de los esfuerzos de rescate. Lucía lo recuerda en relación con la destrucción del campamento de la Brigada Feminista en Bolívar 168:

Los soldados las rodean, la policía las golpea, las corretean, destrozan el campamento, lo que quedaba del campamento, rescataron lo que pudieron, las mochilas se perdieron, por eso te digo que mucha evidencia se perdió... Y comenzó la persecución virtual y las amenazas de violación, las amenazas de muerte, tuvieron que sitiар el lugar, para que las feministas no tuviéramos acceso... Mucho más allá de un terremoto, porque está inmerso todo un sistema capitalista... que se sostiene de los cuerpos de las mujeres... A nadie parece importarle, y a quienes nos importa somos perseguidas como terroristas del Estado, somos perseguidas y violentadas... Vi a compañeras salir, empolvadas, con las manos destrozadas, muertas de frío y de hambre porque sabemos que había mujeres que nos necesitaban, no porque fuéramos heroínas de nada sino porque estábamos por nuestras hermanas.

El testimonio de Lucía expone los riesgos y la relevancia de los actos de sororidad que transforman y resisten la violencia impuesta por el Estado feminicida. Al descubrir violencias estructurales y sistémicas, las activistas convierten sus experiencias en luchas políticas compartidas. Un cuerpo individual tiene un límite que es transgredido por el cuerpo colectivo (Cruz Hernández, 2020; Koopman, 2011). Bolívar 168 es ahora un estacionamiento, en donde hay gente que llora la vida de las mujeres que fueron asesinadas, no por el terremoto, sino por las violencias de actores estatales y privados. El área está rodeada de murales, en uno se lee el mismo mensaje que sostenían en sus carteles las costureras en 1985: «*Una costurera vale más que toda la maquinaria del mundo*».

Desastres y sororidad – reflexiones finales

Los terremotos de 1985 y del 2017 en México emergieron como epicentros de disputas territoriales, que resaltan las formas complejas en las que los cuerpos emergen como lugares de lucha durante los desastres, y sitúa los territorios, los cuerpos y la Tierra, como inseparables y coconstituidos —territorio-cuerpo-tierra—. Olas de actividad sísmica desenterraron y reorganizaron las relaciones espaciales producidas y sostenidas por el Estado capitalista, cambiando los flujos humanos y no humanos dentro y más allá del suelo. A veces, y en lugares particulares, la Tierra temblorosa interrumpió la invisibilidad de las violencias cotidianas e intensificó las formas existentes de marginación y desigualdad socioeconómica, racial/étnica y de género (Phillips & Jenkins, 2016; Rezwana & Pain, 2021). Fenómeno que se experimenta de manera desigual en espacios geográficos en donde las mujeres enfrentan mayores riesgos para sus cuerpos. Nuestro análisis destaca el papel que desempeña el Estado en la producción histórica de territorios de violencia, que buscan maximizar los flujos de capital para las élites políticas y financieras, en este caso en el contexto de desastres. Al acercarse al territorio más allá de la configuración de líneas y límites, la noción de territorio-cuerpo-tierra abre un espacio analítico para comprender las formas en que ciertos ordenamientos socio-materiales emergen, perduran o se trastocan a través de significados y prácticas que están arraigadas al cuerpo, y que hacen parte de la vivacidad de la Tierra. Como lo explica Ursula Le Guin (1986, nuestra traducción del inglés) «somos volcanes. Cuando las mujeres ofrecemos nuestra experiencia como verdad, como verdad humana, todos los mapas cambian. Hay nuevas montañas». En efecto, compartir historias de mujeres crea posibilidades emancipadoras, moviendo cuerpos para acuerpar individual y colectivamente con indignación y acciones las injusticias y luchas compartidas de otras mujeres (Cabral, 2015; Heimer, 2022). Un proceso que se sitúa y se fundamenta geográficamente en espacios y territorios de sororidad, de cuerpos-sostenimiento-cuerpos.

La memoria colectiva de lo ocurrido en el terremoto de 1985 desató las movilizaciones masivas y las innumerables manifestaciones de solidaridad que tuvieron lugar en el 2017 en todo México, e internacionalmente. Estos esfuerzos reunieron a activistas y sus redes solidarias de largo plazo, quienes desafiaron el llamado del Estado a «quedarse en casa», mientras se movilizaron hacia puntos de acción colectiva para reclamar el control territorial para así salvar vidas. La cosificación de los cuerpos de las mujeres fue resistida y disputada física y de manera virtual, mientras grupos de la sociedad civil y brigadas se organizaron y movilizaron flujos materiales y de asistencia. Como lo expresa poderosamente Vivir Quintana en la letra de su *Canción sin miedo*¹³:

Y retiemble en sus centros la tierra. Al sororo rugir del amor.

Destacamos la agencia de las activistas que subvirtieron estas violencias, utilizando

¹³ Canción sin miedo disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=nuk3ghnHkWA>.

sus propios cuerpos y redes para rescatar a mujeres atrapadas, documentar abusos a los derechos humanos y compartir la

información de lo que estaba pasando en el terreno a través de sus redes sociales y medios de comunicación independientes. Sin embargo, el Gobierno mexicano impuso una necropolítica, «sacrificando» la vida de mujeres precarizadas en ciertas áreas geográficas, muchas de las cuales murieron bajo los escombros como resultado de la negligencia estatal. Las mujeres que trabajaban indocumentadas en edificios y condiciones precarias habían experimentado previamente su separación de otros territorios a medida que migraban, así como una desterritorialización forzada que busca separar sus cuerpos de los contextos de violencia en donde se encontraban. Esta separación de cuerpos-territorios surge como una estrategia territorial del Estado, que trabaja para borrar las conexiones y agencias de ciertos cuerpos de los lugares en donde viven, trabajan y resisten. Una separación forzada de la Tierra. Comprender lo que sucedía con las mujeres atrapadas es fundamental para la búsqueda de la justicia, así como para la memoria colectiva de los sismos y las violencias de género en México, y abre espacios para configuraciones espaciales alternativas y subordinadas.

Las luchas de las mujeres en los terremotos de 1985 y del 2017, así como la lucha en curso contra el creciente feminicidio en México, subrayan las formas sistémicas en las que ciertos cuerpos son construidos por actores estatales y privados como «desechables» con el fin de asegurar y sostener los medios de producción y las asimetrías de poder (Wright, 2011). Históricamente, las violencias de género en México son inseparables de las violencias que experimentaron las mujeres durante estos terremotos. El Estado, discursiva y materialmente, informa configuraciones territoriales en donde los cuerpos de las mujeres están al servicio de los hombres y de la producción de capital. La historia fabricada de «Frida Sofía», la joven damisela en peligro surge como un ejemplo mordaz de las construcciones dominantes

de las mujeres en los contextos de desastre, como víctimas a la espera de ser rescatadas por hombres, imaginadas como seres «incapaces o incompetentes» (Enarson *et al.*, 2007, p. 138). Aquellas mujeres que no se adhieren a estos imaginarios, como ocurrió con la Brigada Feminista, se enfrentan a violencias estatales y patriarcales agudizadas.

Cuerpos-sosteniendo-cuerpos se trata del *cuerpo*—el cuerpo material—y acuerpar, las formas en que lo que les sucede a ciertos cuerpos se extiende a otros cuerpos. Las activistas enfatizaron la importancia de compartir sus historias y reivindicar su presencia en la respuesta a desastres. Sin embargo, debemos reconocer las contradicciones de escribir este artículo utilizando aparatos electrónicos, sistemas de transporte y vistiendo ropas que en algún momento y en cierta medida fueron fabricadas en maquiladoras en México y en otros países denominados «de bajo costo», siendo cómplices de estas violencias, lo que también puede extenderse a «ustedes» las personas que nos leen. Efectivamente, como lo hemos mostrado, el desastre no es el terremoto, sino el capitalismo patriarcal, racista y colonial, que explota tanto los terremotos como los cuerpos de las mujeres para la acumulación de capital. Relaciones desastrosas que requieren de nuestro compromiso y trabajo cotidiano para ser quebrantadas y desmanteladas (ver también Squires & Hartman, 2006). Buscamos contribuir a la memoria colectiva de los sismos en México, posicionándonos y reflexionando desde donde estamos escribiendo y trabajando para sumarnos al pacto de la sororidad. Al posicionar a las mujeres en el centro como agentes activos de cambio, destacamos las manifestaciones y configuraciones territoriales de la sororidad y su rol desestabilizando los territorios de violencias estatales. Asimismo, compartimos la provocación de Lucía:

cuando alguien me preguntaba «¿qué te pasó?», cuando me preguntas «¿cómo estás?»; pues que se nos cayó el cantón, que tembló, ósea eso nos pasó. ¿Qué me pasó a mí? que estoy tan triste, y ¿qué te pasó a ti? que parece que no pasó nada, ¿qué te pasó antes del temblor que te desensibilizó en todo sentido? No te preocupes por mí, que estoy bien en todo sentido.... Entonces entendí que el temblor nos había movido más que los edificios... que el piso... la humanidad que «decíamos» tener al interior, y el sistema capital no para.

La pregunta de Lucía sobre *¿qué te pasó?* es muy relevante, considerando el contexto de postpandemia global y muchos otros desastres ocurriendo simultáneamente. La pregunta habla de las formas en que el modelo capitalista actual impone una separación de nuestros cuerpos, de la Tierra y de los cuerpos de otras mujeres. En sintonía con la provocación de Lucía, las mujeres indígenas comunitarias en Abya Yala (Cabnal, 2018, 2019) nos llaman a sanar colectivamente nuestro territorio-cuerpo-tierra. Resalta la importancia de escuchar y aprender de las costureras y de la Brigada Feminista y sus políticas relacionales del lugar. Como académicas también hacemos territorio a través de nuestras prácticas diarias adentro y fuera

de la academia, y tenemos un papel que desempeñar en el trabajo colectivo para subvertir los significados y prácticas que nos separan de nuestros propios cuerpos, de los lugares en donde trabajamos e investigamos, y de la Tierra.

Agradecimientos

Agradecemos la colaboración y los aportes de la Brigada Feminista, de los grupos de derechos humanos, de las Brigadas de Arquitectos y de Electricistas, quienes hicieron posible esta investigación. Así mismo agradecemos la retroalimentación ofrecida por algunas de ellas al leer este manuscrito. Reconocemos que cualquier equivocación es nuestra. Le damos las gracias a dos revisoras anónimas, a Sofía Zaragocín, Kimberley Peters, Laura Rodríguez Castro; y en especial a Patricia Posada, por su apoyo editorial en la traducción al español. En memoria de Irma Chávez, Amy Huang, Pei Ju Chin, Wang Chia Yu, Lai Ying Xia (Gina), Silvia Migueles, Ana Ramos, Sonia Rico, María Teresa Lira, Maricruz Rosas y María Elena Sánchez (Bolívar 168). Esta investigación fue desarrollada con fondos de la Escuela de Geociencias de la Universidad de Sídney, Australia. Reconocemos la financiación del *GSNSW Postdoctoral Award* otorgado por la Sociedad Geográfica de Nueva Gales del Sur, Sídney, Australia, y el apoyo del *Open Access Publication Funds* del *Alfred-Wegener-Institut HelmholtzZentrum für Polar- und Meeresforschung*.

Referencias

- Aguilar García, J. (2017). *Movimientos sociales en México y Latinoamérica*. UNAM.
- Ahmed, S. (2017). *Living a feminist life*. Duke University Press.
- Alilovic, L. (2018). Borderland, maquilas, and feminicide: issues of migration and gendered violence in Northern Mexico. *Contingent Horizons* 4(1), 33–45. <https://doi.org/10.25071/2292-6739.92>
- Allier Montaño, E. (2018). Memorias imbricadas: terremotos en México, 1985 y 2017. *Revista Mexicana de Sociología*. 80, 9-40. <https://revistamexicanadesociologia.unam.mx/index.php/rms/article/view/57772/51203>
- Berlanga Gayón, M. (2014). El color del feminicidio: de los asesinatos de mujeres a la violencia generalizada. *Revista El Cotidiano* 184, 47-61. <https://www.redalyc.org/pdf/325/32530724003.pdf>
- Brigada Feminista (20 de septiembre de 2017). Una trabajadora vale más que toda la maquinaria del mundo, la vida de una mujer vale más que todos los edificios del mundo. *AFM*, <https://www.mujeresdelsur-afm.org/trabajadoras-textiles-atrapadas-por-el-terremoto-en-mexico/>

Cabnal, L. (2010). *Feminismos diversos: el feminismo comunitario*. Acsur-Las Segovias. <https://porunavidavible.files.wordpress.com/2012/09/feminismos-comunitario-lorena-cabnal.pdf>

Cabnal, L. (mayo, 2013). Para las mujeres indígenas, la defensa del territorio tierra es la propia defensa del territorio cuerpo. *PBI abriendo espacios para la paz*. https://www.pbi-ee.org/fileadmin/user_files/groups/spain/1305Entrevista_a_Lorena_Cabnal_completa.pdf

Cabnal, L. (6 de febrero de 2015). De las opresiones a las emancipaciones: mujeres indígenas en defensa del territorio cuerpo-tierra. *Revista Pueblos*. https://www.bioculturaldiversity.org/Documentos/De_las_opresiones_a_las_emancipaciones_Mujeres_indigenas_en_defensa_del_teritorio_cuerpo-tierra

Cabnal, L. (26 de junio de 2018). Sanar y defender el territorio-cuerpo-tierra. *Avispa Midia*. <https://avispa.org/lorena-cabnal-sanar-y-defender-el-territorio-cuerpo-tierra/>

Cabnal, L. (9 de octubre de 2019). Lorena Cabnal: sanar de la violencia. *DW Historias Latinas*. <https://www.youtube.com/watch?v=U3zVvCafBrs>

Chilango. (2 de octubre de 2017). Bolívar 168: la historia de los cuerpos. *Chilango*. <https://www.chilango.com/ciudad/chimalpopoca-bolivar-sismo/>

Colectivo Miradas Críticas del Territorio desde el Feminismo. (2014). *La vida en el centro y el crudo bajo tierra: el Yasuni en clave feminista*. Territorio y Feminismos.

Corona Cadena, E. (2010). *Contar las cosas como fueron*. Demac.

Cruz Hernández, D. T. (2016). Una mirada muy otra a los territorios-cuerpos femeninos. *Solar*, 12(1), 45-46. <https://doi.org/10.20939/solar.2016.12.0103>

Cruz Hernández, D. T. (2020). Mujeres, cuerpo y territorios: entre la defensa y la desposesión. En D. T. Cruz Hernández & M. Bayón Jiménez (eds.). *Cuerpos, territorios y feminismos* (pp. 45-62). Clacso.

Davidson, J., Bondi, L. & Smith, M. (2005). *Emotional geographies*. Ashgate.

Dorronsoro, B. (diciembre 2013). El territorio cuerpo-tierra como espacio-tempo de resistencias y luchas en las mujeres indígenas y originarias. Artículo presentado en el IV *Coloquio Internacional de Doutorandos/as do* (pp. 6-7). CES.

Elden, S. (2013). *The birth of territory*. University of Chicago Press.

Enarson, E., Fothergill, A. & Peek, L. (2007). Gender and disaster: foundations and directions. En H. Rodríguez, E. Quarantelli & R. Dynes (eds.). *Handbook of disaster research* (pp. 130-146). Springer.

Espinosa Miñoso, Y., Gómez Correal, D. & Ochoa Muñoz, K. (2014). *Tejiendo de otro modo: feminismo, epistemología y apuestas descoloniales en Abya Yala*. Editorial Universidad del Cauca.

Gerlofs, B.A. (2021). Seismic shifts: recentering geology and politics in the Anthropocene. *Annals of the American Association of Geographers* 111(3), 828-836. <https://doi.org/10.1080/24694452.2020.1835458>

González-Ramírez, A. M., Güiza, F., Reyes-Quintero, M. S., Méndez-López, M. E. & Torres-Lima, P. (2022). Vulnerabilidad socioambiental desde los feminismos comunitarios: el desastre por el sismo del 19S en Tetela del Volcán, Morelos, México. *Revista de Estudios Latinoamericanos Sobre Reducción del Riesgo de Desastres REDER* 6(1), 35-50. <https://doi.org/10.55467/redcr.v6i1.83>

Haesbaert, R. (2020). Del cuerpo- territorio (de la Tierra): contribuciones decoloniales. *Cultura y Representaciones Sociales* 15(29), 267-301. https://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S2007-81102020000200267

Halvorsen, S. (2018). Decolonising territory: dialogues with Latin American knowledges and grassroots strategies. *Progress in Human Geography* 43(5), 790–814. <https://doi.org/10.1177/0309132518777623>

Harcourt, W. & Escobar, A. (2005). *Women and the politics of place*. Kumarian Press.

Heimer, R.V.L. (2022). *Travelling cuerpo-territorios*: a decolonial feminist geographical methodology to conduct research with migrant women in the Global North. *Third World Thematics*, 1–30. <https://doi.org/10.1080/23802014.2022.2108130>

hooks, b. (1986). Sisterhood: political solidarity between women. *Feminist Review* 23, 125–138. <https://doi.org/10.2307/1394725>

Hyndman, J. (2001). Towards a feminist geopolitics. *The Canadian Geographer* 45(2), 210–222. <https://doi.org/10.1111/j.1541-0064.2001.tb01484.x>

ONU Mujeres, Inmujeres, Conavim (2017). *La violencia feminicida en México, aproximaciones y tendencias 1985–2016*. ONU Mujeres, Inmujeres, Conavim.

Jackman, A., Squire, R., Bruun, J. & Thornton, P. (2020). Unearthing feminist territories and terrains. *Political Geography* 80, 1-12. <https://doi.org/10.1016/j.polgeo.2020.102180>

Koopman, S. (2011). Alter-geopolitics: other securities are happening. *Geoforum* 42(3), 274-284. <https://doi.org/10.1016/j.geoforum.2011.01.007>

Lagarde y de los Ríos, M. (2006). Pacto entre mujeres: sororidad. *Aportes para el debate* 25, 123-135. <https://www.asociacionag.org.ar/pdfaportes/25/09.pdf>

Lagarde y de los Ríos, M. (2010). Preface: feminist keys for understanding feminicide. En R.L. Fregoso & C. Bejarano (eds.). *Terrorizing women* (pp. xi–xxv). Duke University Press.

Lakhani, N. (October 2, 2017). Forgotten in life and death: inequality for Mexico's invisible underclass after quake. *The Guardian*, <https://www.theguardian.com/world/2017/oct/01/mexico-city-earthquake-factory-collapse-colonia-obra>

Le Guin, U. (1986). *We are volcanoes*. Bryn Mawr College.

López Castañeda, F. A. (2019). *La gozadera un espacio para la diversidad y la resistencia*. (Tesis de grado). UAM Iztapalapa. https://dcsh.izt.uam.mx/licenciatura/geografiahumana/wp-content/uploads/2019/12/Tesina_Fátima-Angélica-López-Castañeda.pdf

- Lorde, A. (1984). *Sister outsider: essays and speeches*. Crossing Press.
- Luchadoras. (20 de septiembre de 2020). Somos históricas. *Luchadoras*. <https://luchadoras.mx/somos-historicas/>
- Lugones, M. C. (2010). Toward a decolonial feminism. *Hypatia* 25(4), 742-759. <https://doi.org/10.1111/j.1527-2001.2010.01137.x>
- Lugones, M. C. (2020). Gender and universality in colonial methodology. *Critical Philosophy of Race* 8(1–2), 25–47. <https://doi.org/10.5325/critphilrace.8.1-2.0025>
- Lugones, M. C. & Rosezelle, P. A. (1995). Sisterhood and friendship as feminist models. En P. A. Weiss & M. Friedman (eds.). *Feminism and community* (pp. 135-145). Temple University Press.
- Mbembe, A. (2003). Necropolitics. *Public Culture* 15(1), 11-40. <https://doi.org/10.1215/08992363-15-1-11>
- Melo Zurita, M. L., Munro, P. G. & Houston, D. (2018). Un-earthing the subterranean Anthropocene. *Area*, 50(3), 298—305. <https://doi.org/10.1111/area.12369>
- Mercado Revilla, L. (2015). Colonia Obrera. En M. A. Herrera (ed.). *El territorio excluido. Historia y patrimonio cultural de las colonias al norte del río de La Piedad*. (pp. 167-194). Palabra de Clío.
- Muñoz, F. (15 de octubre de 2017). Punto maquila y la Brigada Feminista. *Luchadoras*, <https://luchadoras.mx/punto-maquila/>
- Naylor, L., Daigle, M., Zaragocín, S., Ramírez, M. M. & Gilmartin, M. (2018). Bringing the decolonial to political geography. *Political Geography* 66, 199-209. <https://doi.org/10.1016/j.polgeo.2017.11.002>
- Pérez, M. A. & Melo Zurita, M. (2020). Underground exploration beyond state reach: alternative volumetric territorial projects in Cuba, Venezuela, and Mexico. *Political Geography* 79, 102144. <https://doi.org/10.1016/j.polgeo.2019.102144>
- Phillips, B. & Jenkins, P. (2016). Gender-based violence and disasters. En L. Racioppi & S. Rajagopalan (eds.). *Women and disasters in South Asia* (pp. 225-250). Routledge.
- Poniatowska, E. (1995). *Nothing, nobody: the voices of the Mexico City earthquake*. Temple University Press.
- Poole, D. & Renique, G. (2017). Cashing in on the Quakes. *NACLA Report on the Americas* 49(4), 387-390. <https://doi.org/10.1080/10714839.2017.1409004>
- Prodesc, Poder & Serapaz. (2018). *Ecos del sismo. Derechos humanos y el sismo del 19S*. Serapaz. <https://serapaz.org.mx/informe-ecos-del-sismo/>
- Ratnam, C. (2019). Listening to difficult stories. *Emotion, Space and Society*, 31, 18-25. <https://doi.org/10.1016/j.emospa.2019.03.003>

Rezwana, N. & Pain, R. (2021). Gender-based violence before, during and after cyclones. *Disasters* 45(4), 741-761. <https://doi.org/10.1111/dis.12441>

Rodriguez Castro, L. (2020). ‘We are not poor things’: *territorio cuerpo-tierra* and Colombian women’s organised struggles. *Feminist Theory*, 1, 1-21. <https://doi.org/10.1177/1464700120909508>

Rodriguez Castro, L. (2021). *Decolonial feminisms, power and place: sentipensando with rural women in Colombia*. Palgrave.

Ruiz-Rivera, N. & Melgarejo-Rodríguez, C.R. (2017). Political inequality and local government capacity for disaster risk reduction: evidence from Mexico. *International Journal of Disaster Risk Reduction*, 24, 38-45. <https://doi.org/10.1016/j.ijdrr.2017.05.024>

Saade, L. C. & Mendoza, C. (2017). Dolor y esperanza. *Canal Seis de Julio y La Jornada*. <https://serapaz.org.mx/informe-ecos-del-sismo/>

Serrano, D. F. (2015). Memoria social y territorio en la conflictividad por tierras en una comunidad indígena. *Tabula Rasa*, 22, 189-207. <https://doi.org/10.25058/20112742.29>

Simpson, A. (2007). On ethnographic refusal. *Junctures*, 9, 67-80.

Smith, S., Swanson, N. W. & Gokariksel, B. (2016). Territory, bodies and borders. *Area* 48(3), 258-261. <https://doi.org/10.1111/area.12247>

Solís, P. (2017). *Discriminación estructural y desigualdad social*. Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación.

Solís, P. & Donají Núñez, A. (5 de octubre de 2017). ¿Por qué murieron más mujeres el 19S? *Nexos*. <https://www.nexos.com.mx/?p=34076>

Squires, G. D. & Hartman, C. (2006). *There is no such thing as a natural disaster: race, class and Hurricane Katrina*. Routledge.

Suárez Buendía, E. (2018). Ante la guerra capitalista, la autoorganización. Repensar la catástrofe a partir del Sismo 19S. En M. Sandoval Vargas (ed.). *El vuelo del buitre viejo* (pp. 161-190). Editorial Cátedra Jorge Alonso.

Trotta, D. (26 de septiembre de 2017). Quake relief reaches rich Mexicans, but the poor feel abandoned. *The Wire*. <https://thewire.in/environment/mexico-earthquake-relief-inequality>

Turati, M. (26 de septiembre de 2017a). La fábrica caída en Chimalpopoca, vieja conocida del gobierno. *Proceso*. <https://www.proceso.com.mx/reportajes/2017/9/26/la-fabrica-caida-en-chimalpopoca-vieja-conocida-del-gobierno-192099.html>

Turati, M. (2 octubre de 2017b). Álvaro Obregón 286: rebelión contra el silencio. *Proceso*. <https://www.proceso.com.mx/reportajes/2017/10/2/alvaro-obregon-286-rebelion-contra-el-silencio-192481.html>

Turati, M. (7 de octubre de 2017c). Álvaro Obregón 286: el caótico manejo de los cadáveres. *Proceso*. <https://www.proceso.com.mx/reportajes/2017/10/7/alvaro-obregon-286-el-caotico-manejo-de-los-cadaveres-192875.html>

Ureste, M. & Aroche, E. (24 de septiembre de 2017). Mujeres heroínas: arriesgan su vida por el prójimo entre las ruinas del sismo. *Animal Político*. <https://www.animalpolitico.com/2017/09/mujeres-heroinas-sismo -ayuda/>

Villamil, J. (3 de octubre de 2017). La pelea por el rating y la invención de Frida Sofía. *Proceso*. <http://www.proceso.com.mx/505893/la-pelea-rating-la-invencion-frida-sofia>

Wastl-Walter, D. & Staeheli, L. A. (2004). Territory, territoriality, and boundaries. En L.A. Staeheli, E. Kofman & L. Peake (eds.). *Mapping women, making politics* (pp. 141-151). Routledge.

Wright, M. W. (2006). *Disposable women and other myths of global capitalism*. Routledge.

Wright, M. W. (2011). Against the evils of democracy: fighting forced disappearance and neoliberal terror in Mexico. *Annals of the American Association of Geographers* 108(2), 327-336. <https://doi.org/10.1080/24694452.2017.1365584>

Yusoff, K. (2018). *A billion black Anthropocenes or none*. University of Minnesota Press.

Zaragocín, S. (2018). La geopolítica del útero: hacia una geopolítica feminista decolonial en espacios de muerte lenta. En D.T. Cruz Hernández & M.B. Jiménez (eds.). *Cuerpos, territorios y feminismos* (pp. 83-100). Abya Yala y Estudios Ecologistas del Tercer Mundo.

Zaragocín, S. & Caretta, M. A. (2021). *Cuerpo-territorio: a decolonial feminist geographical method for the study of embodiment*. *Annals of the American Association of Geographers* 111(5), 1503-1518. <https://doi.org/10.1080/24694452.2020.1812370>